

CUARENTA AÑOS DESPUES, ARNICHES TRIUNFA ANTE LOS ESPECTADORES JOVENES

“Los caciques”, repuesta para quince días, lleva tres meses en el cartel

Por Adolfo PREGO

EL 13 de febrero de 1920 se estrenaba en el teatro de la Comedia la farsa de don Carlos Arniches «Los caciques». Para comprender lo que esa obra significó en aquellos momentos hay que tener en cuenta las circunstancias nacionales. Han pasado más de cuarenta años, las circunstancias son otras y, sin embargo, «Los caciques» han vuelto a triunfar en el María Guerrero, cuyo director, José Luis Alonso, tuvo la feliz ocurrencia de resucitar la obra, para cubrir un bache de quince días o algo más en la programación de la sala que rige con tanto acierto.

Por los mismos días en que «Los caciques» se estrenaba, andaba el Congreso revuelto en menudencias y en hechos de trascendencia. Las Juntas militares de Defensa habían puesto al gobierno que presidía el señor Allendesalazar en un difícil aprieto. El general Miñans del Bosch cesaba por efecto del oleaje político en la capitania general de Cataluña, puesto para el cual se designaba al general Weyler. Dimitia un ministro, don Amalio Gimeno, y el conde de Romanones

maniobraba con su reconocida habilidad, mientras la opinión pública no opinaba u opinaba muy poco ante el espectáculo de un país que no acababa de estar representado por los Poderes públicos.

Ambiente de escepticismo

Eran otros tiempos. Todo resulta ahora, a través de las lecturas, enormemente distante. Se podía publicar con un titular de regular tamaño la siguiente noticia: «Un accidente de automóvil.» El vehículo matrícula M-3.530 —uno de los últimos modelos— había volcado cerca de Torrelodones, y las hijas del marqués de Perales habían resultado lesionadas. La noticia no era una de tantas. En realidad anunciaba la larga sección de accidentes de tráfico que hoy padecemos, pero nadie podía sospecharlo. En 1920, un hecho como ése tenía relieve destacado. Un coche había volcado. Suficiente.

El ambiente nacional era de escepticismo. Tres años después, el general Primo de Rivera asaltaría



El redicho secretario del Municipio, Cazorla (Antonio Ferrandis), lee al alcalde, don Acisclo (José Bódalo), una carta. Entre ellos, doña Cesárea (Margarita García Ortega), y en el medio de la habitación, Carlanca (Joaquín Molina) y Morrones (Alfredo Landa).



Arniches dedicó la edición de su obra a Don Alfonso XIII

el Poder, y los españoles —los de derechas, los de centro, los de izquierda y el resto— emitirían un suspiro de alivio: «A ver si arreglan esto.» También Arniches quería «arreglar esto», y «Los caciques» constituye una aportación del autor a los deseos colectivos de que mejorasen las cosas. Hubo revuelo, como tenía que haberlo, porque una de las constantes de nuestra sociedad es su hipocresía. Se admiten, se toleran e incluso se aplauden todas las granujadas, pero que salga un autor teatral a decirlo en el escenario y ya verán ustedes la que se arma. Como si el autor o los autores fueran los culpables de que haya fallos graves en la organización y en la moral, en las ideas y en los modos. Naturalmente, se armó. Y Don Alfonso XIII fue a ver la obra, días después del estreno. Es un hecho curioso, por lo que ahora verán ustedes.

Antecedente de «Los caciques»

Arniches había recibido de don Tirso Escudero, empresario de la Comedia, una comedia extranjera para que la tradujese y adaptase. Arniches quedó prendado del texto, y acordó escribir una comedia propia sobre el mismo tema de la que don Tirso le había dado. Esa comedia extranjera era «El inspector», de Gogol, obra que en su día también causó escándalo en Rusia, del mismo modo que Molière lo causó en la Corte francesa... Está visto que la verdad tiene muchos enemigos. Arniches había visto, a través de «El inspector», uno de los aspectos más desagradables de nuestra vida política: la supremacía del caciquismo rural, sistema muchas veces denunciado pero nunca vencido. En Rusia, Gogol había puesto al descubierto la inmoralidad y la incompetencia, el abandono y la tiranía que los pequeños

funcionarios ejercían en las olvidadas ciudades. El Zar fue a ver «El inspector» y la aplaudió. Los escandalizados tiralevitas de la situación quedaron anonadados, y de «El inspector» nacieron indirectamente una serie de medidas políticas y administrativas para cortar los abusos. También Don Alfonso XIII, ante las duras frases que Arniches ponía en boca de sus personajes, y ante la situación que denunciaba con tanta gracia, alentó al autor. No conocemos las palabras que le dijo en su palco cuando Arniches subió a presentarle sus respetos, pero en la edición de «Los caciques», el autor escribió esta dedicatoria al Monarca:

«Señor: la emoción que me produjeron las altas palabras que escuché de Vuestra Majestad la noche que presencié la representación de esta obra, me impulsa a dedicársela.

Se consigna en ella una amarga y viva realidad de las costumbres políticas españolas, expresada sincera y noblemente; pero sería injusto no consignar también en su primera página, con la misma sinceridad y nobleza, que si todos los españoles se hubieran penetrado de los altos propósitos renovadores de Vuestra Majestad, esta obra no hubiera podido ser escrita, porque el caciquismo ya no existiría.

Y esta rotunda afirmación tiene el valor de estar hecha por un hombre independiente, que no tiene su espíritu coaccionado por ninguna devoción política, ni desea del Trono otra cosa sino la egregia bondad de vuestra real estimación.» Y debajo, la fecha: 10 de marzo de 1920.

Figurines y decorados de Mingote

El efecto que «El inspector» causó en don Carlos Arniches había sido estimulante. «Los caciques» desarrollan la misma línea argu-

mental, con situaciones fundamentales idénticas, pero no hay en ella nada que huelga a importación. En el espíritu de Arniches, «El inspector» obró una influencia positiva, y la farsa, al ser estrenada, reveló que era española por los cuatro costados.

Han pasado tres meses desde que «Los caciques» volvieron al escenario y la farsa se mantiene en pie, y no ciertamente por su trasfondo, sino por la gracia inimitable del autor, y porque la comedia alcanza en esta reposición una categoría humorística que en buena parte se debe a Mingote, el hombre que ha dibujado más y mejores paletos. El director José Luis Alonso vio la posibilidad de resucitar «Los caciques», pero a condición de que fuese Mingote quien se encargase de los figurines y decorados, y tanta importancia dio el director a esta colaboración que los actores no solamente se vistieron sino que se caracterizaron de acuerdo con los dibujos que Mingote hizo de cada personaje, a los que dio rostro y carácter en retratos humorísticos muy actuales. Este se demostró en seguida: han pasado por el María Guerrero miles y miles de jóvenes espectadores que encontraron en la farsa algo muy cercano a su sensibilidad. Por otra parte, el director se esforzó en dar el tono justo al diálogo y a los movimientos, para que la farsa no se convirtiese en puro disparate, evitando también una reproducción arqueológica que hubiera resultado insoportable. Los paletos de «Los caciques», la ridícula y tierna Eduarda, la sentimental Cristina, todos los personajes resultan familiares al espectador actual, aunque el tema del caciquismo, tal y como aparece relatado, esté fuera de nuestra órbita.

Los actores que estrenaron «Los caciques» en la Comedia han desaparecido en buena parte. Otros todavía trabajan y cosechan éxitos en estos instantes. Irene Alba,

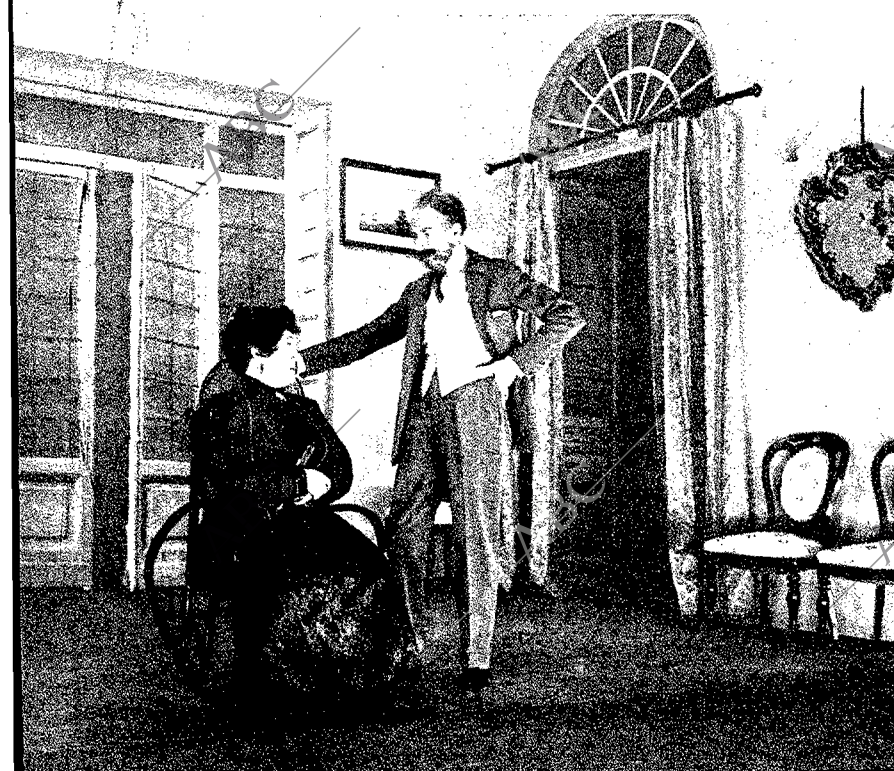


Sobre estas líneas, el director José Luis Alonso, a cuya feliz iniciativa se debe la reposición de esta pieza, comenta una escena con Rafaela Aparicio y Antonio Ferrandis. A la derecha, Antonio Mingote, autor de los decorados y de los figurines del vestuario, un nuevo ejemplo de su gracia extraordinaria.





Ojeda (Manuel Díaz González) y Eduarda (Carmen Carbonell) recuerdan otros tiempos. Bajo estas líneas, la misma escena el día de su estreno, en la noche del 13 de febrero de 1920 en el Teatro de la Comedia.



Un texto siempre nuevo

Aurora Redondo —de la que el crítico de «ABC» decía al día siguiente del estreno: «Nos parece una actriz muy comprensiva y fácil»—, Irene Caba, Bonafé, Joaquín Roa —qué por ahí anda, juvenil y optimista—, Insúa...

Aquellos nombres están ahora sustituidos por los de Carmen Carbonell, Margarita García Ortega, José Bódalo, Antonio Ferrandis, Manuel Díaz González, Rafaela Aparicio... No se han escatimado medios. «Los caciques» han sido llevados a la escena con un lujo de medios y gusto muy superiores a los que disfrutaron en la noche lejana del estreno.

¿Qué diría don Carlos Arniches si pudiese ver, cuarenta y tres años más tarde, la resurrección de una de sus comedias más famosas? Por lo pronto quedaría asombrado de las posibilidades artísticas que el texto tenía sin él mismo saberlo. El cuadro de la banda de Villalgancio resulta una composición escénica que tiene gracia aun antes de que suenen los primeros compases y antes también de que los actores hagan uso de la palabra. Treinta y seis actores en total se mueven bajo la dirección de José Luis Alonso, el cual, por otra parte, redujo notablemente el acto tercero que resultaba por sus mismas dimensiones menos eficaz que los otros dos.

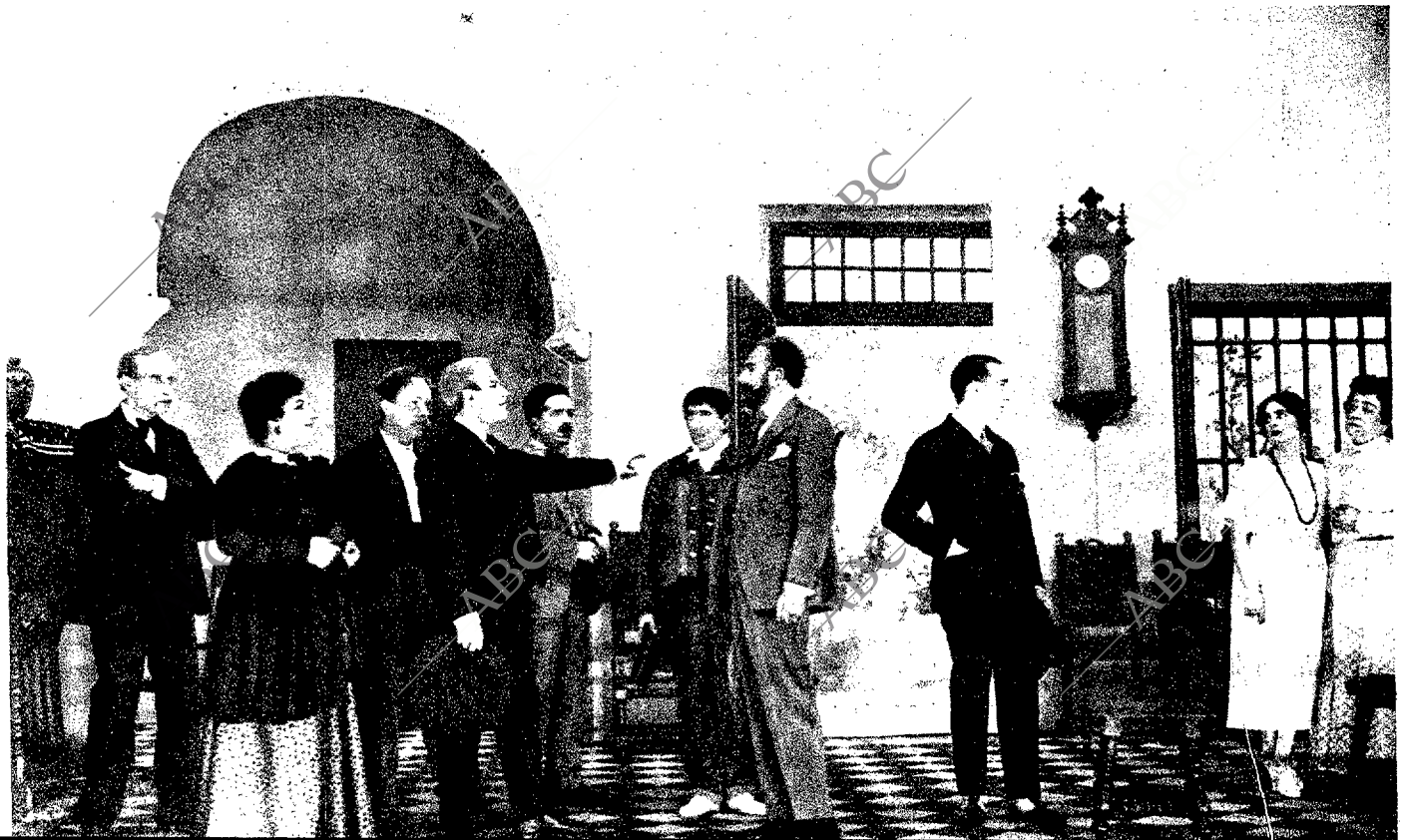
Argumento y personajes

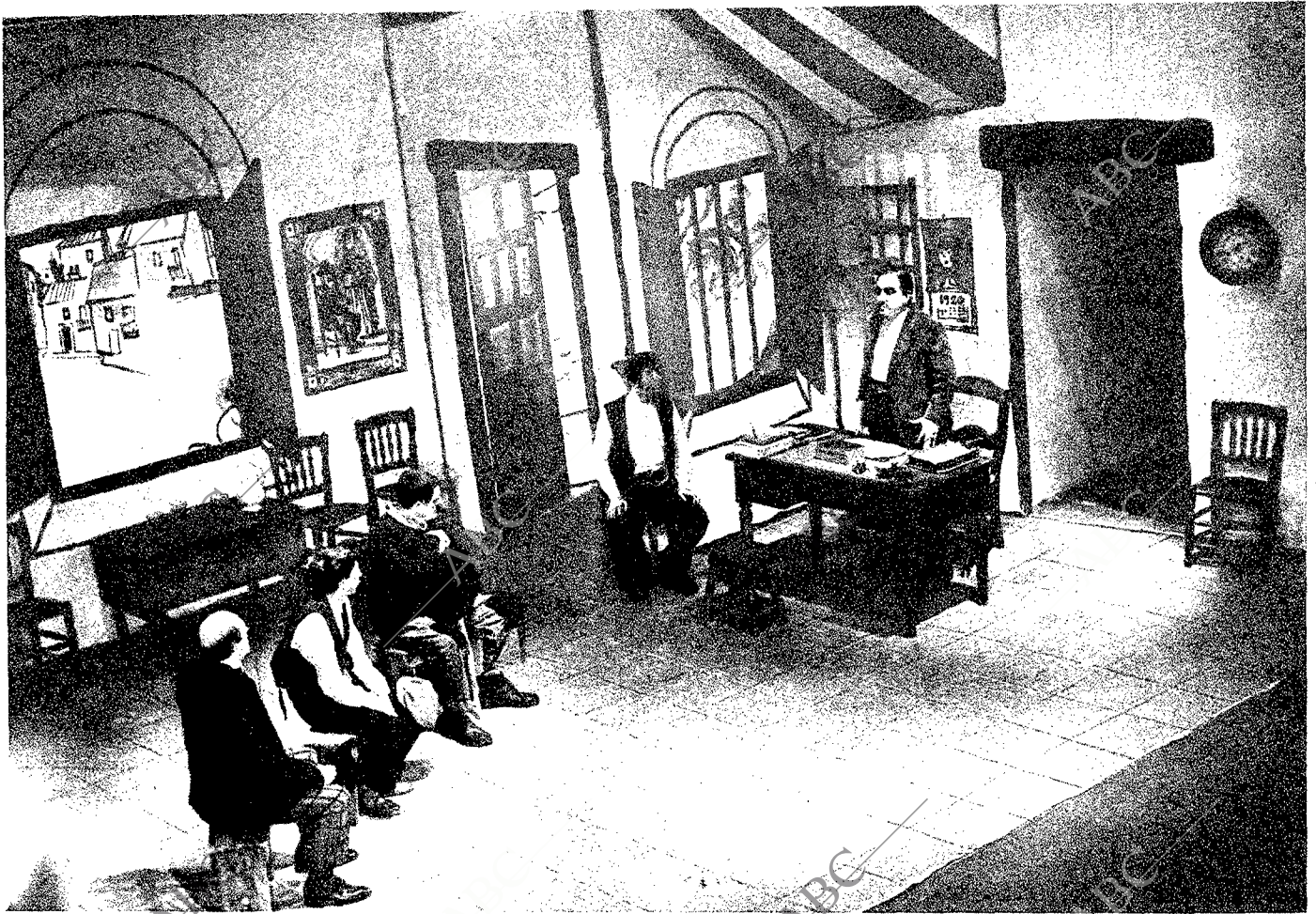
La historia que Arniches cuenta en «Los caciques» es la siguiente:

A un pueblo llamado Villalgancio llegan dos forasteros que, al parecer, han sido enviados por el Gobierno central para inspeccionar las cuentas del Ayuntamiento, regentado desde dieciocho años atrás por don Acislo. Pero antes de que esta noticia cause estupor entre los amos del pueblo, pertenecientes a un partido político, el autor nos

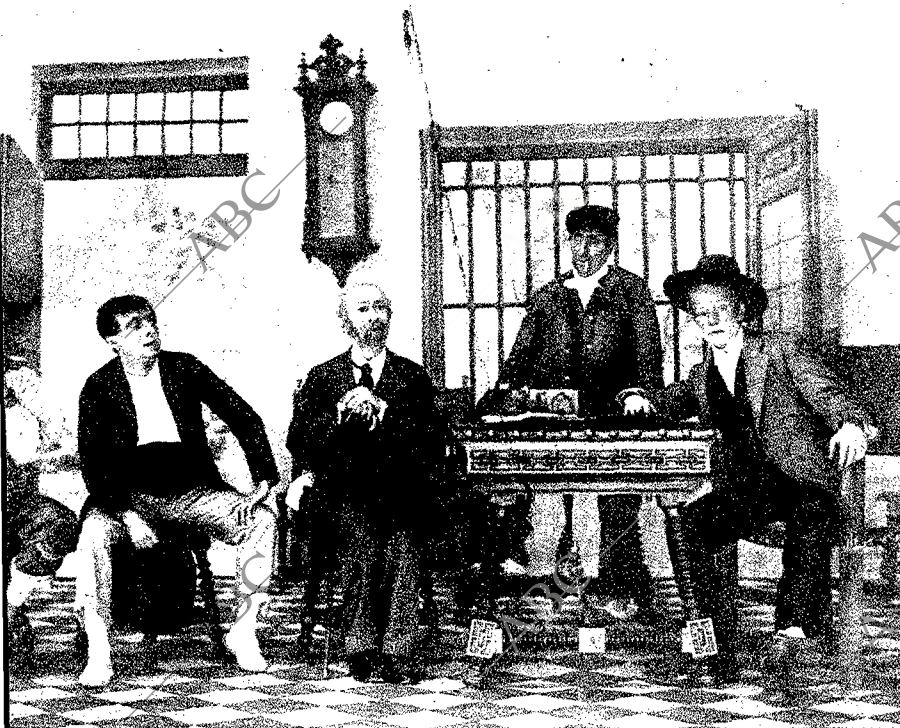


En primer plano, Morrone (Landa), don Acisclo (Bódalo), Pepe Ojeda (Díaz González) y Alfredo (Lespe). A la izquierda, don Régulo (Vivó), doña Cesárea (Margarita García Ortega) y Cazorla (Ferrandis). Al fondo, Cristina (Ana María Vidal) y Eduarda (Carmen Carbonell). Abajo, igual situación cuando se estrenó la obra.





Cuarenta años separan esta misma escena. En la actual, don Sabino es Erasmo Pascual; Perniles, Víctor Gabirondo, y Garibaldi, Tomás Carrasco. El alcalde (Bódalo) atiende con su alguacil (Landa) las demandas de los tres.



describe en escenas ilustrativas la realidad de la situación: los que no están a favor del alcalde son considerados por éste como enemigos mortales. El abuso queda denunciado.

Los forasteros son inmediatamente adulados y obsequiados, hecho que les asombra. Los espectadores conocen la verdadera identidad de los dos sujetos, llevados al pueblo por motivos muy diferentes a los que supone don Acisclo y sus secuaces, y esto da origen a una serie de equívocos muy divertidos. La acción se enreda con dos aventuras sentimentales, los indígenas de Villalgancio acuden a rendir su homenaje a los forasteros, se produce una graciosísima escena en la que el supuesto representante del Poder central a poco queda tuerto por efecto de un cohete disparado con mala intención por un individuo del pueblo, y finalmente se aclara el embrollo y aparece el verdadero inspector de cuentas.



Confidencias femeninas. Eduarda habla de mujer a mujer con Cristina. El lector puede juzgar entre la escena el día de su estreno y hoy, a cargo de Carmen Carbonell y Ana María Vidal.

En el amplio censo de personajes que hablan, además de los personajes que acompañan, uno de los más graciosos es Cazorla, secretario del Municipio y hombre muy redicho, al que gusta hablar de modo exquisito. Según Cazorla explica, tiene dos lenguajes diferentes: uno para entenderse con la gente del pueblo; otro para entenderse con los hombres cultos. Arniches poseía, entre otras virtudes, la de utilizar términos que por sí mismos suscitaban la carcajada. Una demostración clara de esa facultad nos la proporciona el mencionado Cazorla, sátira viva de la falta de sencillez y naturalidad. Don Carlos Arniches fue toda su vida un hombre sencillo y natural, y si por algo se sintió atraído fue por las formas de expresión populares, en las que intervino unas veces como creador y otras como difusor. Forzosamente tenían que resultarle un tanto ridículos los oradores

atildados que representaban el polo opuesto al habla popular.

Reválida de autores

Desde que don Ramón Pérez de Ayala hizo notar que Arniches era algo más importante que lo que creyeron los críticos de la época, la posición del gran comediógrafo no ha dejado de subir en la estimación. Pero hay algo que debería quedar definitivamente aclarado, y no sólo con respecto a Arniches, sino con respecto a cualquier otro autor y obras de repertorio. El teatro, como hecho mágico que es, necesita más importantes colaboraciones a medida que los textos se van quedando anticuados. En tiempos de Lope cualquier comedia de éste podía ser representada por un actor cualquiera. Hoy hay que buscar intérpretes excepcionales y realizar unos montajes de gran estilo, aunque aparentemente parezcan sencillos y fáciles. Si hoy podemos

reírnos con «Los caciques» se debe en gran parte a que la realización escénica del texto ha sido efectuada con un criterio contemporáneo. Esto nos permite entrar en rápida relación mental con los personajes, los cuales ya no son para nosotros lo que fueron para nuestros padres, sino unas criaturas diferentes, salidas tal vez de «La Codorniz».

Por segunda vez en poco tiempo, una obra estrenada años atrás logra mayor número de representaciones que en las fechas de su presentación. «Los caciques» andan ahora por las ciento y pico de representaciones. No creo que llegase a ese número las que obtuvo en 1920, pese a que entonces fue un éxito. Algo aún más significativo fue lo que ocurrió con Valle-Inclán, autor teatral al que hemos aprobado en una especie de examen de reválida, hace no muchos meses.

Adolfo PREGO